

## SARMIENTO Y LASTARRIA

*Si ha calzado las botas de nueve leguas,  
es natural que levante polvo en la ruta.*

LEOPOLDO LUGONES.

Segundo viaje a Chile de Sarmiento. — Maestro de escuela, empleado de tienda, mayordomo de minas.—Nuevamente en Argentina.—Huye a Santiago donde conoce a Lastarria y Montt.—Redactor de *El Mercurio*.—Una polémica literaria. — En torno al romanticismo.—Cerca de Lastarria.

Cuando, tras el combate de Chacón, el año 31, Facundo Quiroga recobró todo el poder que había perdido en Oncativo, Sarmiento, con los unitarios vencidos, transpuso los Andes y llegó a Chile por segunda vez, mas ésta no como en años anteriores cuando su obligación de empleado movió su planta llevándole hasta Santiago. Pero los amigos de antaño ablandaron ogaño el pan amargo del ostracismo: recibió Sarmiento cordial acogida en los Andes, tras hacer un alto en Putaendo, donde su padre había dejado buenas y firmes relaciones.

Lejos de las luchas de su patria héle allí a Sarmiento perdido en el pueblo andino, entregado de lleno a sus labores de maestro en la escuela municipal, enseñando a escribir y a leer no ya según el rancio método que imponía el deletreo, sino según el sistema silábico. La paz octaviana que le brindaba el poblacho de entonces, no había de serle duradera, porque, tras un altercado con el gobernador, uno de esos clásicos gobernadores de más autoridad que razón, originado por estas sus reformas que hubieron de parecer demasiado audaces, tuvo que



abandonar Los Andes, yendo a vivir dos leguas más lejos, al lugar de Pocuro, donde compartió la atención de un pequeño negocio con las tareas de cierta rudimentaria escuela, para trasladarse luego a Valparaíso que entonces mantenía una fecunda actividad comercial. Fruto de sus primeros diligentes afanes fué el puesto que logró conseguir como empleado en cierto indeterminado negocio, trocando la entonces infamante profesion del maestro por la vara de medir, que le permitió ganar una onza al mes.

Vientos de bonanza comenzaban a soplar del norte del país: los minerales de plata de Chañarcillo parecían prometer la fortuna a quien quiera que se aventurase a ir a recoger. Y Sarmiento, como otros muchos, que en sus horas de privaciones hilaba también largo en su fantasía, puso sus ojos y su voluntad en aquel fácil El Dorado. Chañarcillo le vió primero de peón y bien pronto de mayordomo de minas, un esforzado y verdadero minero, según él mismo lo iba a decir más tarde en sus «Recuerdos de provincias»: «calzaba babucha y escarpín; llevaba calzoncillo azul y algodón listado, engalanando este fondo, a más del consabido gorro colorado, una ancha faja, de donde pendía una bolsa capaz de contener una arróba de azúcar, en la que tenía siempre uno o dos manojos de tabaco tarijeño». ¡Cómo pudo observar y sentir esa ruda vida de campamento, en medio de la pampa árida, en contacto con los rústicos apires y la bravía naturaleza nortea, este argentino fuerte y fiero, que siempre supo abrirse su camino a puñetazo limpio! Allí vió, oyó y sintió el hervor de una existencia que hasta entonces no había gustado: la vida solitaria de la faena en contacto con el minero semibárbaro. En medio de la riqueza que arrojaba la entraña ubérrima, Sarmiento se daba tiempo para escribir y para estudiar rendidamente; su precario aprendizaje de la lengua francesa e inglesa realizó avances positivos, aunque no contaba con otros medios que un mal diccionario, una gramática y algunos libros de escritores modernos.

Entre tanto, la situación en su patria se había modificado grandemente: Facundo Quiroga había sido asesinado en Barranca-Yaco, y Rosas gobernaba sin contrapeso en Buenos Aires. Sarmiento decidió enderezar rumbo a la Argentina, pero, a poco de partir, sufrió un violento ataque cerebral, fruto de

sus largas vigalias, que le tuvo en trance de muerte, llegando aún muy enfermo a San Juan. Sin medios, prematuramente desalentado, sentó, una vez más, plaza de maestro de escuela y bien pronto de tinterillo, pero un tinterillo único, que hubiera podido darle cara y cruz a todos los del gremio por sus conocimientos, que no por sus artimañas, en las cuales no fué un lince pues era demasiado honrado para saber serlo.

Bien pronto su amarga noche de errancias y privaciones va a tener su clara mañana: comenzará a recibir la protección de dos hombres doctos y de corazón, don Antonino Aberastain y don Manuel Quiroga de la Roza, amigo íntimo de Alberdi. Entonces Sarmiento estudia más que nunca; lee sin tregua cuanto cae bajo sus ojos y se improvisa periodista en aquel inolvidable hebdomadario *La Zonda*, vocero y albergue de conspiraciones unitarias, redactado en su casi totalidad por él; hasta que le arrastran a la mazmorra de un calabozo y mientras los ardores de la lucha entre unitarios y federales se hacen más implacables, sus amigos huyen al destierro. Un día la soldadesca enemiga le befa, de cuyas manos logrará ser arrancado para tomar el camino del valle del Zonda y entrar por tercera vez a Chile, no sin estampar a su paso, bajo un escudo de armas, la sentencia de Fortoul: *On ne tue point les idées*.

He aquí, nuevamente, a Sarmiento en tierras transandinas: se encuentra en Santiago sin más amigos que algunos emigrados: don Manuel Quiroga de la Roza y don Domingo de Oro. Nadie le conoce ni ante nadie hace valer las recias aptitudes de su talento. El medio ambiente metropolitano no es tampoco el más propicio para recibir una sorpresa intelectual; se lee poco y se piensa menos: Bello ejerce su magisterio y Lastarria enseña y escribe. Se aproxima la fecha de elección presidencial y con ella comienzan a diseñarse claros síntomas de inquietud política en el ambiente.

Un buen día, un amigo, don José María Núñez, le habla con vivo interés a don Victorino, de cierto emigrado argentino «muy raro, a su parecer, que debía presentarnos;—según ha recordado el propio Lastarria—y por cortesía nos anticipamos a ser presentados a él. Vivía en el departamento del tercer piso de los portales de Sierra Bella, que estaba situado en el ángulo de la calle de Ahumada. Este era un salón cuadrado muy es-

pacioso, al centro una mesita con una silleta de paja y en un rincón una cama pobre y pequeña. A continuación de esta, había una larga fila de cuardenos a la rústica, arrumados en orden, como en un estante, y colocados sobre el suelo enladrillado en el cual no había estera ni alfombra: esos cuadernos eran las entregas del «Diccionario de la Conversación que el emigrado cargaba consigo, como su único tesoro, y que a los pocos días fué nuestro, mediante cuatro onzas de oro, que él recibió como precio, para atender a sus necesidades». Luego esboza Lastarria el animado retrato de Sarmiento, que será imperecedero como sus «Recuerdos literarios»: «El hombre era realmente raro:—dice—sus treinta y dos años de edad parecían sesenta, por su calva frente, sus mejillas carnosas, sueltas y afeitadas, su mirada fija, pero osada, a pesar del apagado brillo de sus ojos, y por todo el conjunto de su cabeza que reposaba en un tronco obeso y casi encorvado. Pero eran tales la viveza y la franqueza de la palabra de aquel joven viejo, que su fisonomía se animaba con los destellos de un gran espíritu, y se hacía simpática e interesante».

Lastarria no tardó en presentir, a través de la palabra cálida y elocuente del emigrado, la vivacidad de su inteligencia, su ya amplia cultura moderna y el liberalismo de sus ideas. Puso desde el primer instante cuánto estuvo de su parte para ayudarle ante todo a vivir no de una merced fácil sino que de algún cargo honroso: «Tanto nos interesó aquel embrión de grande hombre, que tenía el talento de embellecer con la palabra sus formas casi de gaucho, que pronto nos intimamos con él; habiéndole indicado que abriese una escuela para ganar su vida, le ayudamos a fundarla en aquellos mismos departamentos solitarios del tercer piso de los portales, comenzando desde entonces a allanarle el camino para la dirección de la escuela normal de preceptores que tenía en proyecto don Manuel Montt, quien era a la sazón el Ministro que servía de centro a las esperanzas de todos los que anhelábamos por un cambio de política, y por una protección más inteligente y más decidida a la instrucción pública». Poco después don Victorino, que a la sazón mantenía muy cordiales relaciones con don Manuel Montt, en quien, como él más de una vez lo ha recordado, cifraban los liberales sus mejores esperanzas, le presentó a Sar-

miento, dando origen a esa larga y fructífera amistad de la cual nacieron tan positivos beneficios para la instrucción y la cultura nacionales.

Sarmiento había llegado en silencio a Santiago, confiando en poder obtener un buen pasar a fuerza de trabajo, acaso en el periodismo si las circunstancias se presentaban oportunas o bien en el comercio si se ofrecía alguna posibilidad. En su rincón más que modesto, pobrísimo, le había descubierto Rafael Minvielle, «que acertó a encontrarme—según el propio Sarmiento lo recordaba más tarde— en un cuarto desmantelado, debajo del Portal, con una silla y dos cajones vacíos que me servían de cama».

Bien pronto la amistad de Lastarria, el interés de José María Núñez y el afecto de Minvielle prepararon un ambiente de simpatía en torno del hasta entonces inadvertido emigrado. «Un día de Febrero de 1841,—recuerda Lastarria—cuando ya Sarmiento nos contaba entre sus amigos, nos leyó un artículo sobre la victoria de Chacabuco, cuyo aniversario estaba próximo. La pieza nos pareció bien pensada y mejor elaborada, y no vacilamos en enviársela a Rivadeneira, que entonces mantenía *El Mercurio* de Valparaíso sin redacción y viviendo de las correspondencias que sus amigos de Santiago y entre ellas nosotros, le remitíamos de vez en cuando. El artículo de Sarmiento que se publicó en el número del día 12 llamó la atención, y tanto, que Rivadeneira nos escribió comisionándonos para que ofreciéramos al autor treinta pesos por tres o cuatro editoriales en cada semana. Sarmiento vaciló, pero después de ser alentado por los que le apreciábamos, pasó a ser el redactor y el amigo de Rivadeneira, y entonces, dió principio a esa larga vida de diarista en que ha peleado tantas batallas y ha segado tantos laureles como abrojos». De un golpe de pluma, Sarmiento había ganado notoriedad, imponiéndose a propios y extraños. Fué el comienzo de su fortuna y el primero y uno de los más sonados de sus triunfos en Chile.

Sin embargo, la morriña de su tierra, que cada día adivinaba tras los altos picachos andinos, hostigaba su amor propio, hasta que una mañana partió, rumbo a la pampa, alcanzando a llegar hasta la cumbre, de donde volvió a proseguir sus tareas en *El Mercurio* atemorizado ante un grupo de trescientos de

sus compatriotas que, vencidos en el combate de Rodeo del Medio, huían con destino a Santiago. Entre tanto, Rosas dominaba tiránicamente en Buenos Aires y Sarmiento pudo comprender a tiempo que el momento no era oportuno para intentar una aventura suprema en una pasada que podía dar al traste con su vida.

Nuevamente el rudo batallar periodístico preocupará cotidianamente las inquietudes del emigrado: la política, la instrucción pública, el teatro, serán motivos preferentes de sus artículos acerados, que la oposición acogerá como retos y que el Ministro Montt premiará encargándole la dirección de la Escuela Normal de Preceptores, nueva tribuna para la acción docente del educador y del polemista, para el entusiasta lancasteriano que marchaba con el espíritu del siglo en alas de un incontenible viento renovador, que no en balde, según el bello decir de Leopoldo Lugones, si calzaba las botas de nueve leguas, era natural que levantase polvo en la ruta.

Si con un primer reparo escrito con motivo de la publicación del *Canto Elejaco al Incendio de la Compañía*, de Bello, Sarmiento se iba a a concitar la animosidad de la juventud intelectual («creemos y queremos decirlo,—escribió entonces— que predomina en nuestra juventud una especie de encogimiento y cierta pereza de espíritu que le hace malograr las bellas dotes de la naturaleza y la buena y sólida instrucción que ha recibido») con su editorial publicado el 27 de Abril de 1842 en el que comentaba un estudio de don Pedro Fernández Garfias, ex-profesor de gramática castellana en el Instituto Nacional, sobre los *Ejercicios populares de la lengua castellana*, acabó por provocar una serie de ataques desembozados contra él. Sarmiento que, por su cultura y su intuición genial del progreso estaba en realidad sobre el medio conventual del Santiago de 1840, observó en su editorial que son los pueblos y no los tradistas o los escritores quienes dan vida a las lenguas, señaló que la única función de los gramáticos y de las academias es la de codificar en sus diccionarios las nuevas voces y modismos que el pueblo sanciona, y afirmó que la ortografía debe responder a la pronunciación antes que a su etimología.

¿Es posible figurarse la sorpresa que tales audacias debían producir en un ambiente tiranizado aún por la disciplina de la ense-

ñanza de memoria, según los cánones de los más rancios preceptistas, y sobre el cual imperaba sin contrapeso la autoridad del magisterio del docto Bello? Pero Sarmiento jamás se anduvo por las ramas y al pan lo llamaba pan y al vino, vino, al quejarse de nuestra esterilidad literaria: «es la perversidad de los estudios que se hacen, el influjo de los gramáticos, el respeto a los *admirables modelos*, el temor de infringir las reglas, lo que tiene agarrotada la imaginación de los chilenos, lo que hace desperdiciar bellas disposiciones y alientos generosos. No hay espontaneidad, hay una cárcel cuya puerta está guardada por el inflexible culteranismo, que da sin piedad de culatazos al infeliz que se le presenta en toda forma. Pero cambiad de estudios y en lugar de ocuparos de las formas, de la pureza de las palabras, de lo redondeado de las frases, de lo que dijo Cervantes o fray Luis de León, adquirid ideas, de donde quiera que vengan, nutrid nuestro pensamiento con las manifestaciones del pensamiento de los grandes luminares de la época; y cuando sintáis que vuestro pensamiento a su vez se despierta, echad miradas observadoras sobre nuestra patria, sobre el pueblo, las costumbres, las instituciones, las necesidades actuales, y en seguida escribid con amor, con corazón lo que se os alcance, lo que se os antoje, que eso será bueno en el fondo, aunque la forma sea incorrecta; será apasionado, aunque a veces sea inexacto; agraderá al lector, aunque rabie Garcilaso; no se parecerá a lo de nadie; pero bueno o malo, será vuestro, nadie os lo disputará». Luego Sarmiento, enderezando la proa de sus ataques hacia una causa más inmediata, aseguraba que la crítica vendrá a su tiempo y que los defectos desaparecerán: «Por lo que a nosotros respecta, si la ley del ostracismo estuviese en uso en nuestra democracia, habríamos pedido a tiempo el destierro de un gran literato que vive entre nosotros, sin otro motivo que serlo demasiado y haber profundizado más allá de lo que nuestra naciente civilización exige, los arcanos del idioma, y de haber hecho gustar a nuestra juventud del estudio de las exterioridades del pensamiento y de las formas en que se desenvuelve en nuestra lengua, con menoscabo de las ideas y la verdadera ilustración. Se lo habríamos mandado a Sicilia, a Salvá y a Hermosilla que con todos sus estudios no es más que un retrógrado absolutista, y lo habríamos aplaudido cuando lo viésemos re-

volcarlo en su propia *cancha*; allá está su puesto, aquí es un anacronismo perjudicial».

¿Quién se hubiera atrevido entonces o se atrevería hoy a embestir de esta guisa contra Bello? Seguramente nadie. Pero Sarmiento no era hombre que temiese a los fantasmas ni a las consagraciones más veneradas: ¡ai de quien se propuso cerrarle el paso o cortarle el recio par de alas que llevaba sobre su espalda! Y don Andrés había sido el primero y más categórico de los impugnadores de los artículos de Sarmiento, desde las columnas del propio *Mercurio*, al ocuparse de los *Ejercicios populares* de Fernández Garfias sin mencionar o aludir al escritor transandino.

Tal fué el comienzo de esta polémica que poco a poco fué enhebrándose hasta dar origen a un verdadero movimiento de renovación, y que Lastarria hace aparecer en sus «Recuerdos» como promovida por su discurso de apertura de la Sociedad Literaria, pronunciado el 3 de Mayo de 1842, cuando el primer artículo de Sarmiento databa del 27 de Abril de ese mismo año.

Indudablemente, el discurso de Lastarria tuvo una señalada significación en aquellos momentos, sobre todo si se toma en cuenta que el ambiente era propicio para un movimiento semejante. La amistad de don Victorino con Sarmiento, sus frecuentes lecturas modernas, la influencia creciente del romanticismo francés, que llegaba hasta él en las obras de Víctor Hugo, cuya representación del «Hernani» había repercutido en todo el mundo, el estudio constante de los ideólogos más avanzados de Europa, todo aquello sacudió el claro espíritu previsor de Lastarria que, con fácil elegancia, había de manifestarse en su hermoso discurso.

Fué esa pieza literaria un manifiesto, moderado y sincero en su forma, pero hondamente revolucionario y justo en el alcance de sus ideas.

Celebraba en él el advenimiento de la paz y de la tranquilidad en la República y pedía ilustración para la democracia, que debe ser expresión de la libertad; repasaba los comienzos de la incipiente literatura nacional y dictaba sabios y prudentes consejos sobre el orden en los conocimientos y el giro que se le ha de dar a la educación si se quiere que ella sea provechosa, aconsejando la imitación moderada: «Hay una literatura que nos

legó la España con su religión divina—decía—con sus pesadas e indigestas leyes, con sus funestas y antisociales preocupaciones. Pero esa literatura no debe ser la nuestra, porque al cortar las cadenas enmohecidas que nos ligaran a la Península, comenzó a tomar otro tinte muy diverso nuestra nacionalidad: *nada hay que obre una mudanza más grande en el hombre que la libertad*, dice Villemain. ¡Qué será pues en los pueblos! Es necesario que desarrollemos nuestra revolución y la sigamos en sus tendencias civilizadoras, en esa marcha peculiar que le da un carácter de todo punto contrario al que nos dictan el gusto, los principios y las tendencias de aquella literatura.

Luego entraba a defender la lengua castellana censurando a quienes se dejaban deslumbrar por los fáciles atractivos de la cultura francesa, hasta llegar a olvidar su propio idioma. Pedía, por fin, que siguiendo la revolución literaria predicada por Francia, que ha emancipado la literatura de las reglas, señalando por divisa la verdad y por oráculo la naturaleza humana, «fundemos, pues, nuestra literatura naciente en la independencia, en la libertad del genio, despreciemos esa crítica menguada que pretende dominarlo todo, sus dictados son las más veces propios para encadenar el entendimiento, sacudamos esas trabas y dejemos volar nuestra fantasía, que es inmensa la naturaleza. No olvidéis con todo que la libertad no existe en la licencia, este es el escollo más peligroso; la libertad no gusta de posarse sino donde está la verdad y la moderación. Así, cuando os digo que nuestra literatura debe fundarse en la independencia del genio, no es mi ánimo inspirar aversión por las reglas del buen gusto, por aquellos preceptos que pueden considerarse como la expresión misma de la naturaleza, de los cuales no es posible desviarse, sin obrar contra la razón, contra la moral y contra todo lo que puede haber de útil y progresivo en la literatura de un pueblo».

Pedía Lastarria independencia y nacionalismo literario, nacionalidad en el sentido de «que tenga una vida propia, en que sea peculiar del pueblo que la posee, conservando fielmente la estampa de su carácter, de ese carácter que reproducirá tanto mejor mientras sea más popular. Finalmente, al rematar su discurso, aconsejaba hacer misión social con las letras escribiendo para el pueblo a fin de ilustrarlo, «combatiendo sus vicios

y fomentando sus virtudes, recordándose sus hechos heroicos, acostumbrándole a venerar su religión y sus instituciones».

No se hicieron esperar mucho los comentarios porque, bien pronto un escritor argentino, don Vicente Fidel López, vecindado en Chile desde hacía algún tiempo, publicó un juicio sobre el discurso de Lastarria y los artículos de Sarmiento en la *Gaceta del Comercio* de Valparaíso. Hermosos, bien pensados y mejor escritos fueron los artículos de López; de todos ellos fluía la nota de un duro e intransigente antiespañolismo, porque si España representa la tradición, decía, y su literatura es el espejo de esa tradición, con todo su bagaje de ideas añejas, ¿es posible que su lengua pueda ser un elemento de progreso? «No sabemos—decía López—como combinar estas dos exclusiones, porque creemos que si es cierto que la literatura española es retrógrada y anti-social es imposible que *el habla*, que no solo es el vocabulario sino el estilo y la literatura también, anuncie los progresos de la razón; y aún agregamos que si es cierto lo primero, es claro que el idioma español no ha trabajado con sus instrumentos propios ciencia alguna de las modernas; que las matemáticas, la política, la filosofía, su vocabulario con palabras o modismos que les satisfagan: porque el idioma español en nada ha intervenido en los últimos trabajos que han rehecho de nuevo todas estas ciencias». En su primer artículo López aseguraba que este discurso estaba destinado a imprimirle un impulso libre y progresivo a la literatura chilena; lo clasificaba como un suceso social llegando a decir que su autor era «el primero entre los jóvenes chilenos que ha tocado las cuestiones que debieran ocupar el pensamiento nacional».

El ambiente lugareño de Santiago y Valparaíso, apacible y santurrón, sólo preocupado de los livianos enredos políticos y de las fiestas de la iglesia, no pudo sino interesarse muy por lo vivo con el discurso de Lastarria como con el primer artículo de Sarmiento, que fué en verdad, según sus propias palabras, «un acontecimiento político y literario por aquellos mundos y en aquellos tiempos. La rehabilitación de San Martín y un escritor salieron de ahí; el pasado y el porvenir». Bien ganada notoriedad le concedió en un día, colocando su nombre y su fama sobre muy alto pedestal: «Estaba establecida mi reputación de escritor en Chile, gracias a un magnífico artículo

de entrada en escena, al favor de un Ministro de mucho poder, y a la lisura y franqueza de decir todo lo que le viene a uno al magín y baja a la punta de la pluma, pues que si no es tonto, o demasiado ignorante o fatuo, y con tal que tenga su chispa de ingeniatura, ha de salir bien por fuerza el que tenga las dotes naturales». Pero un éxito tan inesperado, «la infatuación producida por situación tan nueva», según él mismo lo recordó más tarde, le inspiraron audacia que hirieron muy hondo a algunos de sus mismos amigos. Agreguemos que en el aire flotaba olor a pólvora, pues ocurría todo esto en los tiempos en que llegaba la primera oleada del movimiento romántico a Santiago: «Reinaba a la sazón en las aulas de la Universidad, Hermosilla, purista español; enemigo jurado del galicismo, como ferviente adorador de las tres unidades, etc.; y tales enormidades debimos enjaretar, López que no creía en Cervantes, y yo que hallaba a Larra mejor que a Moratín, en favor del drama y de la escuela romántica y contra la gramática, que no pudieron llevarlo con paciencia los que de entendidos se preciaban; y doce literatos, ni uno menos de doce, se pasaron la palabra para vengar tanta afrenta, y produjeron a escote entre los alaridos de la montaña... *El Semanario de Santiago*, con el resuelto propósito de acabar con la cuyana chocarrería y poner a buen recaudo a los tales románticos de allende y de aquende, conservando en su no eclipsada fama a los Moratines y demás plagiarios del empíreo clásico». Contra Sarmiento y López embistieron desde el primer instante todos los chilenos de la primera hora del *Semanario*: Tocornal, Sanfuentes, Lastarria, Juan Bello, Talavera. *El Mercurio*, con frases cumplidas y gentiles, según Sarmiento, escribió más tarde recordando aquella polémica célebre, saludó la aparición de *El Semanario*, asegurando que se hacía esperar «una publicación hebdomadaria, escrita en lenguaje castizo y correcto por la ilustrada juventud chilena»; pero en el segundo número, a uno de los redactores de *El Semanario* se le escapó decir «escritores extranjeros, y aun me parece que famélicos, hablando sin el debido respeto de Víctor Hugo y comparsa romántica». Y aquí fué la de Dios es Cristo: ardió y bien ardidada la Troya que estaba pronta para el incendio: «¡Ira de Dios!—escribió Sarmiento—todavía siento sabrosa la mano que movió aquella vengadora pluma! ¡Qué tunda! ¡Y qué iniquidad a la vez! Figúrense ustedes que ellos

daban el sábado un artículo que había pasado tres veces por la criba, y se publicaba con *licencia de ordinario*, como los antiguos libros, mientras que *El Mercurio* se les dormía desde el lunes de una pieza hasta el sábado, que salía el nuevo número de *El Semanario*, ya todo acontecido y abollado, y con el brazo en guardia para los nuevos zurriagazos que se aguardaba. *El Mercurio* era una especie de revólver, tum... tum... tum... seis tiros a la semana».

La algarada subió de punto y los ánimos se apasionaron más de lo necesario, porque la polémica comenzó a tomar un giro abiertamente ofensivo. ¿No recordaba Sarmiento, ocho lustros más tarde, que un día llegó hasta *El Mercurio* uno de los Vial a decirle, de parte de don Manuel Montt, que si estaba en su juicio porque «las piedras bailan en las calles»? (1).

1) En su carta a Lastarria, que éste publicó en sus «Recuerdos», le decía Sarmiento: «Por otra parte, ¿creen que ignoro que un gran número de jóvenes de los redactores, usan en sus conversaciones las expresiones más ofensivas y más irritantes contra mí? Ignoro que por todas partes se habla de mi *ignorancia*, de mi puro *charlatanismo*, de lo preocupado que estoy de mi mérito y del desprecio que merecen mis ideas, mi lenguaje y mis escritos? ¿Creen que ignoro, que se martillean versos para llamarme escritor estafalario; que se afecta un menosprecio, y se ceban en un odio encarnizado, y que ni aun se dignarán contestarme? Creen, pues, que es posible que un hombre siempre tolere, sufra y se calle, aunque se sienta ya tomado de los cabellos, para arrastrarlo por el fango; para concitarle el desprecio general; para hacerlo pasar plaza de un miserable charlatán e ignorante? Pero yo no me someteré voluntariamente a las humillaciones que me deparan. Preocupado de estas ideas, he entrado a combatir el artículo *romanticismo*; no por la cuestión literaria, sino por lo que a mi reputación, que quieren ajar, va en ello; y resuelto a defenderme me he propuesto herir de muerte, sin piedad, sin mesura, usando de las mismas armas que de palabra y por escrito han usado contra mí. ¿Se habla de *charlatanismo*, de *presunción*, de *ignorancia*? Yo haré, si puedo, caer esos dardos sobre otras cabezas que la mía, y si no puedo, me someteré vencido, pero no humildemente. ¿Les duele cuando hiero el amor propio de los que escriben? Ah! juzguen entonces, quién deberá sufrir más, si ellos que están en su terreno, y que son muchos, o yo que soy solo y a quien se intenta humillar a cada momento con las palabras que he citado y con la de extranjero; yo, que necesito para lavarme de esta última mancha tener algún título a la consideración pública; yo, que necesito de una pequeña reputación como una propiedad útil!

¿Están esos jóvenes persuadidos, en efecto, de que soy un miserable charlatán, un *copista*, como dicen, un ignorante? Pues bien, los desengañaré hasta donde pueda, o se convencerán de su desacierto. Que escriban sobre cosas especulativas».

¿No recordaba, también, Sarmiento que una vez le escribió a Rivadeneira pidiéndole por gracia que suprimiera tal o cual frase en su último artículo y que el escritor granadino don Juan García del Río, a la sazón en Valparaíso, intervino enérgicamente pidiendo que no se tocara el manuscrito, «pues yo cargo con la responsabilidad de conservarlo tal como está»? ¿No aprovechó también, el implacable Sarmiento, la llegada, por esos días a Santiago, del libro *Les animaux peints par eux mêmes*, en el que a guisa de prólogo se habla de un congreso de animales en el que la oposición la forman los carnívoros, la derecha los sostenedores de todos los gobiernos constitucionales, desde el buey, el carnero, el camello y toda la gente cornuda y de pesebre; y la parte baja, la canalla sin opinión propia, *le ventre*, los reptiles, tortugas, sapos, culebras, mientras la zorra aparece en el centro a fin de no comprometerse; no aprovechó esa fantasía de buen humor, para agregarle un capítulo especial en que pintaba a ciertos literatos hostiles y refería la historia del gallo, bípedo célebre definido por Aristóteles, emblema del valor, compañero de Esculapio, que le cantó tres veces a Pedro cuando hubo negado a Cristo, que es francés, de donde gallus, galo, galico, galicismo? Pero hay gallo de gallos, argüía Sarmiento: «El gallo que vino a América, decía el cuento, llamado gallo castellano, viste de jerga gris, como padre franciscano. Llámánles brutos a sus descendientes para distinguirlos del gallo inglés, que llaman fino por ser extranjero. A Chile le habían introducido recientemente algunos pollos mestizos, que no eran tan castizos como los brutos refinados del país, y por tanto no hablaban tan bien el castellano». Terminaba Sarmiento su alusión asegurando que si se promoviese un certamen sobre lenguaje, el polluelo extranjero, haciendo de tripas corazón, cantaría su *ki, ki, ri kiiii*, provocando la risa, mientras la «jaca castellana despaturrada» entonase *Chriiiiis . . . to . . . na . . . cióooooo!!!* y arrancando aplausos: «Don Andrés Bello, recordaba Sarmiento, al evocar lo anterior aplaudía como el golpe maestro de la composición la *h* del Cristo, sin la cual el *Cristo nació* que oyen las comadres, el canto del gallo pierde su significado tradicional. Lastarria se pasa a nuestras filas con armas y bagajes, y la polémica toma nuevas formas».

En efecto, aunque la alusión era cruda, la verdad andaba

de parte de los emigrados: primero Lastarria y luego otros de los escritores chilenos, comprendieron que la razón estaba de parte de Sarmiento, que él representaba en ese instante el espíritu del siglo, la novedad y la libertad en arte. Con razón escribió más tarde Sarmiento: «La verdad es que hicimos muchísimo bien a Chile, despertando a la juventud, iniciando mejoras, creando diarios, escribiendo; y escribiendo cosas buenas, hijas de esa misma exaltación febril del espíritu, como se ve en el *Facundo*, en la *Oración* a Casacuberta, y en cien artículos de la prensa de diversas plumas, que llevaban la aceptación hasta Bolivia, residencia de Mitre, Frías, Paunero; hasta el Perú, donde tomaban interés todas las gentes de letras en aquellos debates».

Corren los días y Luego Lastarria, aunque no lo dice en sus «Recuerdos literarios», acepta las ideas de progreso artístico sustentadas por Sarmiento: de esta manera, los que comenzaron impugnando al emigrado terminaron por estar de su parte decididamente, mientras en la oposición formaban los conservadores y los partidarios de don Andrés Bello.

En adelante, Lastarria será camarada de Sarmiento. Bien se va a llevar esa mutua confraternidad en dos espíritus tan recios y tan altos, aunque no ha de ser de larga y pacífica duración.

Ya Sarmiento no estaba solo con sus coterráneos: les comenzaba a unir un interés análogo aunque se interpusiese entre ellos, por el respeto que don Victorino tenía por ella, la figura venerada de don Andrés Bello. Porque en más de una ocasión las saetas fueron disparadas contra la severa figura de don Andrés Bello: primeramente cuando Sarmiento pedía el ostracismo del director de aquellos estudios, aunque más tarde retirase la intención de ese juicio, y luego cuando López hablaba de «haber sentido las bases de ese discurso y de esa sociedad de un modo neto y claro, sin necesidad de haber escrito tomos sobre los griegos y los romanos y otros *disparates* como éstos».

Los resultados de las impugnaciones de los escritores argentinos no se habían hecho esperar, pues teniéndose por ofendido el honor nacional con el hecho de que los argentinos apoyaran la reforma que Lastarria había promovido y que se dijera que el peluconismo tenía no poca parte de culpa en la falta de pro-

ducción literaria, surgió un interesante movimiento intelectual cuyas obras fueron la mejor prueba de que el espíritu nacional solamente estaba adormecido, aguardando la varilla mágica que había de despertarlo. Entonces aparece *El Semanario*, en torno del cual se congregan los jóvenes de la Sociedad literaria: los dos Bilbao, Manuel y Francisco, Francisco Astaburuaga, Jacinto Chacón, Juan Espejo, J. M. Hurtado, Hermógenes Irisarri, Eusebio Lillo, Santiago Lindsay, F. de P. Matta, Anacleto Montt, J. A. y Ramón F. Ovalle, Javier Rengifo, Domingo Santa María, no pocos de los discípulos y adeptos de don Andrés Bello, como don Salvador Sanfuentes, José Joaquín Vallejos, Francisco Bello, a quienes el sabio venezolano decidió a tomar parte en la confección de la revista. Días antes de aparecer *El Semanario*, ha recordado don Victorino que le aconsejaba don Andrés, «no hiciéramos un periódico exclusivo, de una sola doctrina literaria, de un partido; porque debíamos aparecer todos unidos, cuando nuestro primer deber era vindicar nuestro honor literario, demostrar nuestro común progreso intelectual y afirmarlo; porque el movimiento iniciado por nuestro discurso podía así ser bien servido, sin sublevar recelos, sin enajenarnos el apoyo y la cooperación de todas las inteligencias distinguidas»; consejo que siguieron rigurosamente dando pruebas de una moderación que sólo se había de entubiar con las alusiones de un artículo literario. Fué así como al aparecer el segundo número de *El Semanario* y con motivo de un trabajo de don Salvador Sanfuentes dedicado al Romanticismo, en que aludía a un artículo de don Vicente Fidel López sobre el romanticismo y clasicismo, para impugnar sus ideas; y después de una carta escrita a mi amigo por don José Joaquín Vallejo, en la que se burlaba «de esta moda que es la más barata que nos ha venido de Europa, con escala en San Andrés del Río de la Plata, donde la recibieron con los brazos abiertos las *intelectualidades* nacionales», en la que desafiaba, además, al mencionado amigo, a que se preparase a recibir el sacramento de esa penitencia, leyendo el artículo de López y rogándole que le avisara «si el castellano en que está escrito es el castellano que nosotros hablamos, o es otro castellano recién llegado; porque ¡juro a Dios! que aquí no hemos podido meterle el diente, aunque al efecto se hizo junta de lengua-

ces», se suscitó esa sabrosa polémica entre clásicos y románticos que había de contribuir eficazmente a despertar un vivo interés por el naciente movimiento literario, ya que una vez más, como había sucedido antes cuando el discurso de Lastarria, saltó Sarmiento a la palestra con uno de esos artículos de polémica en que tundía a golpe de pluma a su adversario, concediéndoles toda la razón a los jóvenes iconoclastas que hacían del romanticismo una enseña de libertad: «Puesto que los proverbios sirven de reglas literarias,—decía el autor de «Facundo»—haremos presente que no nos hemos olvidado de aquel otro, el que dice lo que quiere oye lo que no quiere. Con que, digan no más, que estamos esperando ver por dónde revienta esa apotegma. ¿Desprecios y desdenes? ¡Buf! ese es nuestro plato favorito! ¿Raciocinios, ideas, luces? Las analizaremos. ¿Faltas de lenguaje? Tanto mejor, les probaremos que no conocen de la misa la media en filosofía de lenguaje; que no tienen estilo propio, que no lo han de tener jamás, y que, mientras ellos pretenden representar la literatura nacional, no se ha de ver una chispa de pensamiento, ni de la espontaneidad. Puede ser que cuando les hayamos batido bien el cobre, y hayan pasado los arrebatos y acaloramientos de una polémica literaria, entremos con la calma de la razón a manifestar cómo esos estudios podridos que llaman clásicos, y que no son más que atrasados, influyen en las opiniones del público y de los que piensan en el porvenir del país; cómo la falta de filosofía en los estudios, es decir, de aquella filosofía que tiene por definición «la filosofía es la ciencia de la vida», de aquella filosofía que estudia la historia, la humanidad y la marcha de la civilización, influye en las opiniones y se refleja en las tendencias de los partidos, en la dirección de la política. Mostraremos por qué esa juventud tiene el corazón helado para todo sentimiento de libertad, sin ataque de personas; por qué no simpatiza con la causa de los principios liberales; por qué no se mueve por ellos, por qué no vive de nada, ni representa nada; por qué hace farsa de las loquerías de San Andrés del Plata, donde los principios que ella representa juegan a la chueca con cabezas humanas. Entonces veremos en nombre de quién se ha levantado la inquisición política, y ahogado en sangre las luces, la libertad, la moda, el romanticismo y todas esas bagatelas. Es-

criban otro artículo de romanticismo y vean en seguida adonde se sientan».

Este artículo de Sarmiento produjo la dolorosa desgarradura de un golpe de florete tirado a fondo a lo más delicado de nuestra pacata sensibilidad de entonces: Sanfuentes y con él casi todos los redactores de *El Semanario*, se sintieron heridos ante aquel ataque brusco y rudo del sagitario argentino, ataque que más que un reto de la pluma parecía un bien seguro mazazo. La vida de *El Semanario* corría riesgos de peligrar si se extremaban ataques tan directos y crudos y el directorio de la revista acordó que se publicara una contestación en la que Antonio García Reyes pondría fin a la polémica con un artículo; pero, como quiera que éste no era menos violento que López o Sarmiento, enderezó una respuesta durísima contra este último, asegurando que *El Semanario* seguiría su camino y, cuando saliese a la palestra un caballero, le daría una contestación atenta y cuando el impugnador fuese «un hombre de cancha, se desdeñará de combatir con él». En el cuarto número de la revista se dió a la estampa esta contestación y antes que produjese el efecto que era de esperar en el ánimo de Sarmiento, Lastarria le encontró una noche: «tuvimos con él—dice—una ardiente entrevista, en la cual, sin faltar a la amistad que manteníamos, le hicimos enérgicas recomendaciones y le llamamos a la razón». La influencia del amigo pudo más en el autor de «Facundo» que su amor propio lastimado, contentándose solamente con poner punto final a la polémica en un editorial tranquilo de *El Mercurio*, en que aludía al artículo de García Reyes, en tono de chanza, y en una carta dirigida a Lastarria, que constituye el más ardiente y sincero desahogo de ese temperamento de excepcion: «¿Les duele—le escribía—cuando hiero el amor propio de los que escriben? ¡Ah! juzguen entonces, quien deberá sufrir más, si ellos que están en su terreno, y que son muchos, o yo que soy sólo y a quien se intenta humillar a cada momento con las palabras que he citado y con la de extranjero; yo que necesito para lavarme de esta última mancha tener algún título a la consideración pública; yo que necesito de una pequeña reputación como una propiedad útil!».

Poco más de medio año duró *El Semanario* y en sus páginas se ventilaron los más interesantes problemas de la época y se

estimuló altamente el movimiento literario; su muerte debióse a las dificultades pecuniarias que exigía su mantención y al hecho de haber aparecido a fines del año 42 un gran diario, *El Progreso*, en cuyos fines cabían los propósitos de *El Semanario*.

La mejor parte de este movimiento, casi toda esta viva acción cultural, se le debe a Lastarria, péseles a cuantos han pretendido silenciarle o negarle. Sin su interés para constituir la Sociedad Literaria, que presidió; sin la acción constante en sus clases desde 1837; sin su ascendiente sobre los jóvenes; sin su discurso, que promovió tan ardientes opiniones; sin su actividad para fundar *El Semanario*; sin la amistad con don Andrés Bello, que le ganó el concurso de Sanfuentes, Vallejo y de su hijo Francisco; sin su amistad con los emigrados argentinos; sin su actividad, su entusiasmo, su gusto, su cultura, su prestigio ¿acaso se habría realizado todo lo que se hizo y cuánto se iba a hacer más adelante? ¿Qué habría sido, sin Lastarria, del brillante certamen que celebró la Sociedad Literaria en 1842 para estimular a los jóvenes que lucían sus primeras armas en las letras y en el que el propio don Victorino fué el vocero del triunfo y en el que salieron vencedores cuatro niños, más tarde ilustres?

Lastarria no sólo dirigió a los jóvenes, infundiéndoles el alto ejemplo de su entusiasmo, sino que fué para ellos algo más que un maestro y un amigo; les enseñó el gusto por la literatura, el cuidado por los buenos modelos y las excelencias del estilo. Su cátedra de Derecho Público pasó a ser algo más que una tribuna desde la cual ejerció una fecunda acción cultural y política: fué el refugio del maestro, la «Civitas Dei» del ideólogo, en torno de la cual despertaba la actividad de toda elevación espiritual con el inquieto bordoneo que anuncia toda acción fecunda, tal en el amanecer de una colmena y antes que las diligentes obreras tiendan el vuelo. No importa que vayan contra las costumbres, ni que riñan en sus hogares si se les moteja de atrevidos; el apostolado de las letras les otorgará compensaciones más altas que las mezquinas reyertas de los envidiosos y de los civiles. Lastarria es un apóstol ante ellos, porque se les aparece con el amor y el dón del sacrificio. Los frutos no se hacen esperar: sus clases de Derecho Político, su acción constante en los cenáculos, en la amistad, en el libro, anticipan las audacias de quienes como Francisco Bilbao intentan el primer

golpe de picota contra los cimientos de la rancia sociabilidad del año 44, que prolonga la santa quietud de la colonia. ¡Pero también Francisco Bilbao había sido alumno de don Andrés Bello!

¡Qué luchas, qué polémicas fueron aquellas! ¡Cuánto ardor y cuánta pasión pusieron en sus zurriagazos los del bando transandino y los del lado chileno! Y si la sangre jamás llegó al río, las palabras, en cambio, fueron más cortantes que hojas toledanas y más agudas que estiletos de Florencia. ¿No recordó el propio Sarmiento aquellas polémicas, treinta y nueve años más tarde, en uno de sus sueltos y livianos artículos, publicado en la *Nueva Revista de Buenos Aires*? «Ah! no sé cómo no me morí esos días a fuerza de sustos! Y sin embargo, lo que son las cosas de este mundo! Al tercer día estaba furioso todo Santiago; al cuarto empezaba a aburrirse de estar enojado; al quinto una ligera sonrisa desarrugó algunos mustios y sañudos semblantes, y tantas desvergüenzas les dijo a los literatos chilenos *El Mercurio*, y tan bien fundadas eran sus razones, que el público sensato acabó por reirse, y cuando *les rieurs* están de vuestro lado, el pleito está ganado».

Pero, en lo más íntimo de su amor propio Sarmiento estaba profundamente herido: se había visto el blanco de los odios más violentos y si es cierto que la polémica sobre el romanticismo había comenzado sobre una cuestión gramatical, luego tuvo ribetes personales, aguzándose la causticidad hiriente hasta rayar, más de una vez, en el insulto. Don Victorino, que había comenzado combatiendo a Sarmiento desde *El Semanario*, acabó por ser su mejor amigo y su más leal aliado. ¿No lo recordaba el propio Lastarria al transcribir en sus «Recuerdos Literarios» la carta siguiente de Sarmiento?: «Hace mucho tiempo que he renunciado a la amistad de la juventud ilustrada de Santiago. Sea que no me hayan creído digno de merecerla, sea que yo no he justificado título alguno para aspirar a ella, sea, en fin, que la reconcentración de mis hábitos de vida no hayan dado lugar para que tales relaciones se estableciesen, lo cierto es que no he contado entre la juventud inteligente con otro amigo que usted, que tuviese motivos de creer sincero al menos. Usted, pues, que me ha tratado de cerca, ha podido juzgar, si no me engaño, de la pureza de mi corazón,—y de mis

cordiales simpatías por la juventud chilena y los intereses liberales del país».

Entre tanto, el tiempo y los acontecimientos políticos comenzaron a cambiar y con ellos a alejarse Sarmiento de los amigos que había conquistado tras la áspera polémica. El partido conservador dominaba en el poder haciendo sentir su autoridad duramente: Francisco Bilbao acababa de ser condenado tras la publicación de la *Sociabilidad Chilena* y los pocos que sustentaban el credo de las nuevas ideas, defendiendo la independencia del espíritu, se veían obligados a pagar bien caras sus audacias, primero con el aislamiento y luego con las amenazas. Después de la pasiva tolerancia con que había sido aceptada la acusación contra Bilbao, el partido pelucón cobró más seguros arrestos para acabar con toda iniciativa liberal y ahogar el naciente movimiento intelectual. La Universidad y la Corte Suprema, en la condena de Bilbao, acababan de anticipar una saludable advertencia para cuantos intentasen seguir sus mismas aguas. Lastarria, celoso defensor de toda necesaria reforma democrática, no hacía sino alejarse del Gobierno, mientras Sarmiento se apegaba más y más a él o más bien dicho a Montt, que era el alma misma del Ministerio. Los elementos liberales estaban dispersos, mientras la reacción conservadora ganaba terreno. Poco más tarde, al iniciarse el segundo período presidencial del Presidente Bulnes, las cosas iban a cambiar momentáneamente, alejando a los conservadores del Gobierno, pero, mientras tanto, a fines del año 43, sucedía lo contrario.

Sarmiento se había alejado de *El Mercurio* para hacerse cargo de *El Progreso*, órgano que contaba con el apoyo decidido del Gobierno. Bien comprendió Rivadeneira que el apasionado Sarmiento era demasiado procaz para convenirle al frente de la redacción de *El Mercurio*: ¿no reconocía esto el propio autor de «Facundo», cuando le decía a Lastarria en una carta: «quiero al país porque en él he sido feliz, y quiero a una docena de amigos porque vivo entre ellos y me estiman y aprecian; pero apenas tomo la pluma hago un disparate».

Lastarria y con él los jóvenes liberales, entre tanto, Juan Nepomuceno Espejo, Santiago Urzúa, F. de P. Matta, se habían asilado en *El Siglo*, diario que era en cierto modo la pro-

longación de *El Crepúsculo*, muerto tras la condena de Bilbao, que en sus columnas había publicado su *Sociabilidad Chilena*.

Matta, como Francisco Bilbao, era uno de los jóvenes que, por aquellos años, contaba con una preparación intelectual más acabada: gran lector de Vico y Michelet era un buen hermano espiritual del autor de la *Sociabilidad Chilena*. Como escritor político dejó en la prensa de entonces jugosas pruebas de su claro talento. Más que un liberal era un ecléctico en política que, en más de una ocasión, según lo ha recordado Lastarria, combatió ardientemente a los liberales cuando trataban de organizar un partido. ¿Acaso toda su doctrina no era un eco de la filosofía fatalista que había bebido en las obras de sus maestros?

Juan Nepomuceno Espejo, por la inversa, tenía una instrucción exclusivamente política y era un convencido defensor de toda reforma democrática. Antes que un intelectual era un intuitivo con cierta romántica suficiencia. Fué el más sañudo enemigo de los emigrados argentinos, sobre todo, cuando estos se plegaron decididamente del lado del Gobierno.

Espejo y Santiago Urzúa habían fundado *El Siglo* en Abril del 44 y cuando se diseñó abiertamente la campaña para organizar el partido liberal, lo tomó a su cargo Lastarria, desde cuyas columnas inició pronto una reñida campaña en bien de la reforma democrática.

No trascurrió mucho tiempo sin que tuvieran que chocar con Sarmiento los redactores de *El Progreso*. El escozor de la polémica sobre la gramática y el romanticismo mantenía las brasas vivas del encono bajo la aparente ceniza de la indiferencia. Al publicar *El Mercurio* las impresiones de viaje de Alberdi, *El Siglo* habló de «bagatelas que olían a nada», aguzando una vez más el rencor contra los argentinos. No tardó *El Progreso* en recoger el guante del desafío. El 13 de Mayo de 1844, todo el editorial de *El Siglo* apareció dedicado a sustentar el manifiesto de las aspiraciones liberales, impugnando abiertamente las ideas de *El Progreso* que, a su vez, no perdonaba ocasión de zaherir a aquel: «Digan lo que quieran, *El Siglo* representa las ideas de reforma, de sociabilidad, mientras que *El Progreso* no representa nada de lo nuevo; él se ha constituido en pasado para nosotros, y bajo este aspecto es que siempre le hacemos

una guerra honrosa, guerra de ideas, de moralidad, de civilización! Allá no se aviene mal que el joven luche con el viejo; bien puede compensarse lo «niño del Siglo» con lo «calvo de *El Progreso*».

La alusión a Sarmiento era harto directa y harto hiriente para que éste no hubiera de saltar como herido por el acerado filo de un estilete. En efecto, dos días después, bajo el título de *¡¡Gruesa avería!!* podía leerse lo siguiente en el segundo editorial de *El Progreso*: «*El Siglo* empieza a hacer agua, según lo afañado que se ve a su equipaje en calafatear el acribillado casco. Ya van tres artículos de carena; el del lunes es el de más seria reparación que ha aparecido. Esta vez nos han puesto la quilla de costado para tapar los agujeros. Es lástima que no bien salida del astillero la barquilla *Siglo*, se haya inutilizado. ¿Pero qué otra cosa debía esperarse? Navegar sin lastre, sin piloto, con una tripulación bisoña y alborotadiza, que no conoce los mares, que toma los arreboles del horizonte, por costas floridas y dirige la proa en medio de la obscura noche, sin respeto a los escollos que erizan el proceloso mar por donde boga». El editorial, a vuelta de otras consideraciones, terminaba con las siguientes palabras: «*Segunda época de El Siglo*. Van sin timón... sin guía... La razón y el sentido común quedan olvidados en el puerto. ¡Dios te ayude, y te saque a buen puerto, graciosa Barquilla!».

Fué este artículo la palabra que faltaba para que hiciese irrupción el procaz insulto. Acaso Sarmiento los había herido muy por lo hondo, en lo más íntimo de su amor propio, porque el 18 de Mayo podía leerse en *El Siglo* el siguiente aviso: «Los birlocheros que deseen comprar un buen surtido de caballos cuyanos, con todas sus cualidades características, y además educados por un método moderno, bajo la dirección de un cuyano altamente civilizado, pueden pasar al *Progreso* que allí encontrarán con quien tratar. Tienen, además, la ventaja de saber leer y escribir por la ortografía americana, redactada con gloria y honor por Monsieur Sarmiento o maese, como lo llaman *El Progreso*. Corren, como ningunos, para atrás y para delante: relinchan con la maestría que hablan y escriben sus compatriotas loros, y en fin, son buenos animalejos hasta para tirar carretas cargadas con todo lo más pesado que produce la República Argentina. Sus escritores.»

La ofensa había partido de los chilenos, fuerza es reconocerlo, en honor de Sarmiento: con ello acaso querían vengar los denuestos que éste había prodigado en la polémica del año 42. Pero Sarmiento no era hombre de dejarse amilanar por nadie. Serena y enérgicamente les replicó con la siguiente carta dirigida a su diario, que pedía insertar en forma de aviso: «Señores E. E. del *Progreso*: Sírvanse ustedes reproducir por cuatro días consecutivos, el aviso con que el señor don Juan Nepomuceno Espejo me ha favorecido en el *Siglo*. Hay cosas a que no debè replicarse, y personas a quienes sería demasía prometerse ni justicia, ni mesura. Están hechos así, y ya no es tiempo de que se limen. En cuanto al juicio que el señor Espejo hace sobre la ortografía americana, como el de cualquiera otro de mis pobres trabajos literarios, es el mismo a que ya me ha acostumbrado la prensa. Mi nombre no ha sonado nunca en ella, sino bien adobado de vejaciones y de injurias. Esto seguirá siempre, y no hay motivo de quejarse.—Domingo F. Sarmiento».

Cuatro días consecutivos se publicó, en efecto, esta carta y entonces la sangre llegó al río: Juan Nepomuceno Espejo que era, de entre los redactores de *El Siglo*, el más intemperante y apasionado, no aguardó más tiempo y, el mismo día, agredió a Sarmiento, al salir de la casa de *El Progreso*. Fué impetuoso aquel en el pugilato y prudente éste: los mojicones no hicieron sino exacerbar tal enemistad y dividir más y más a los dos bandos, poco antes cordiales.

Al día siguiente de la reyerta, aparecía en *El Siglo* una carta de Espejo, en la que decía a Sarmiento que si se había publicado el aviso del día 18, la culpa era suya, puesto que no se hizo otra cosa que corresponder a sus constantes ataques: «Léase un número cualquiera de *El Progreso*, desde la aparición de *El Siglo* y júzguense como se quiera, si en la mayor parte de ellos no se suscitan enconos y resentimientos particulares; si en todos ellos no aparece un redactor escribiendo con veneno en lugar de tinta y cifrando toda su gloria como escritor, en perjudicar de todas maneras a los que conspiran hacer algo por el bien de su patria. Y procediendo con la ligereza del señor Sarmiento, ¿no podría decir que este redactor es don Domingo Faustino Sarmiento? ¿No podrán hasta llegar a asegurarlo con la opinión casi general y antecedentes más claros?». Toda la carta

seguía en este tono, ya más conciliador y tranquilo, porque tras la tempestad comenzaba a apuntar un rayo de sol en aquel cielo tempestuoso. *El Siglo*, consagraba su editorial del jueves 23 de Mayo a poner punto final a la cuestión, desde su columna editorial: «*El Siglo*, siempre con el empeño de aparecer ante el público más decente y generoso que *El Progreso*, abandona desde hoy la escandalosa polémica a que ha dado lugar este diario en sus artículos, más que personales, groseros». Luego, queriendo echar al olvido lo pasado, y buscando una reconciliación caballerosa, terminaba: «Hemos patentizado la impotencia del que escribe, pero no hemos buscado como un resorte de ataque la nación del escritor. Marche, pues, *El Progreso*, en paz y en orden, cuide de la *moralidad* de sus *redactores*, y entonces obtendrá la más completa absolución de *El Siglo*; aún mas, se dirá su amigo y compañero».

Entre tanto ¿cuál era la actitud de Lastarria, amigo de Sarmiento y cabeza visible y responsable de *El Siglo*? Don Victorino se encontraba en *El Siglo* entre sus mejores amigos, haciendo desde sus columnas «la oposición más decente, más noble y más leal que jamás se haya hecho al Gobierno de Chile: ese diario cuya divisa era *Bulnes sin Montt*, atacaba francamente un orden de ideas opuesto al nuestro, sin tocar jamás a las personas, sino en cuanto representaban esas ideas».

También los rayos del Júpiter argentino habían alcanzado hasta don Victorino, que en su orgullo y en su amor propio era un pararrayos celeste, capaz de desafiar las más altas iras del cielo. Apenas se habían cambiado los primeros ataques entre los redactores de *El Siglo* y *El Progreso*, Sarmiento le enderezaba la siguiente carta a Lastarria: «Muy señor mío: No deseo explicaciones de parte de usted y no estoy dispuesto a darlas tampoco. Como usted no ha podido estorbar que *El Siglo* me injurie, me eche en cara que soy asalariado y extranjero, no obstante habérmelo prometido, y como no se quién escribe en él, sino que usted es el dueño de la imprenta para su negocio, y para su elevación política; me dirigiré a usted siempre que quiera desbaratar los hipócritas ataques de su diario, y descubriré al público los motivos puramente personales que usted tenga para llevar un diario. Esta prevención le indicará a usted que toda armonía e inteligencia entre am-

bos ha cesado, y que no quiero ser el juguete de usted o sus órganos. Quedo de usted.—*Sarmiento*». Al pie de esta misma carta, que hemos tenido a la vista entre los originales del Archivo íntimo de Lastarria, aparece escrita, de puño y letra de don Victorino, la siguiente contestación: «Señor Sarmiento: Acuso recibo de la declaración de guerra que usted me hace, previniéndole que no sufriré de usted ofensa ninguna contra mi honor.—*Lastarria*». Luego, en la misma carilla descolorida, también escrita por el propio Lastarria, se lee el siguiente llamado aclaratorio respecto de la afirmación de Sarmiento sobre la promesa de que no se le insultaría en *El Siglo*: «El conspirador, deseoso de regularizar las discusiones de la prensa prometió al señor Sarmiento que *El Siglo* no le insultaría, mientras este señor no insultara a los redactores de este diario: ha hecho lo posible por guardar su promesa, pero como no le era dado forzar a *El Siglo* a que sufriese los epítetos de *miserable*, *cínico* y otros con que le regala el señor Sarmiento, le dejó usar de represalias, ¿y qué hacer? Quiere el señor Sarmiento que los redactores de *El Siglo* sean tan cínicos que se lleven sufriendole con paciencia toda la vida. El conspirador se cree relevado de su compromiso».

Pero trascurrieron los años: el tiempo es el más evangélico perdonador de las injurias. Sarmiento partió de Chile un día recordando con gratitud a sus buenos amigos de Santiago y hasta a aquellos que fueron sus enemigos de un momento y de una circunstancia. La interrumpida amistad con Lastarria fué reanudada para no quebrantarse jamás. Cada cierto tiempo, Sarmiento le escribía: primero en 1852, para agradecerle el envío de su «Historia Constitucional de Medio Siglo», y decirle que se encuentra en un estado de perfecta *volte face*, de revolución en sus ideas: educado en la escuela francesa ha visto con dolor que los hechos han fallado y la doctrina también: «Hacer la historia de las evoluciones parlamentarias de la Europa, es hacer la necrología de todas las verdades por que hemos combatido. Los golpes de Estado, las constituciones de *par la armée*, son el fruto de aquella escuela, y la reacción que nos invade por todas partes. Ahora y desde estos últimos años me he vuelto a otro sol que no se eclipsa, que ninguna nube oculta: los Estados Unidos. Como teoría, como hecho práctico, como poder,

como influencia, como porvenir, por todos aspectos la democracia allí la encuentro fuerte, consistente consigo misma, y dominante aun como hecho. Pero ¿cómo hacer entrar en nuestro modo de ser aquel sistema de gobierno, cuyo mérito consiste en ser fruto y realización de las simples nociones del buen sentido? Por lo que a Chile respecta, lo veo alejarse más y más de aquel camino, acaso porque se siente hoy más que nunca solicitado a dirigirse hacia él. Yo me he encerrado hoy en el *Monitor de las Escuelas Primarias* desde donde predico la democracia para Chile. Nada más puedo».

Poco más tarde, en carta sin fecha y sin referencia del lugar en que fué escrita, Sarmiento le dice a don Victorino, a vuelta de otras razones y en tono perfectamente familiar: «Educación, inmigración, morera, libros de instrucción, no dejar impúnemente desenvolverse la influencia de Rosas; proteger a los inmigrados en Chile, he aquí lo que yo subministraré. La política no tiene costadø por donde interesarme. Escíbeme pues, y para un mal que puede hacerse grave. Yo lucharé contra viento y marea como es mi costumbre, y después de desafiar la tormenta, llegaré a puerto desmantelado quizás, pero sin sucumbir».

El 12 de Setiembre de 1855, Lastarria le envia a Sarmiento una larga y prolija epístola, que tiene el carácter de un verdadero memorial sobre la política conservadora, con motivo de la contestación dada por éste a las afirmaciones del diputado Frías: «El que escribe por paga—le decía Lastarria—puede excusarse de mil modos, pero el que defiende a los ministros sin más que porque lo son, no tiene excusas; es un loco o es un malvado, que confunde todos los principios, que atropella la moral, que no tiene regla, en fin, a que atenerse ni criterio para juzgar. ¿Y cuál es la razón de semejante barbaridad? ¡El principio de autoridad! ¡Y es un cristiano quien habla así! No, que es un católico, de la rama de aquellos que siempre han escalado la autoridad con el veneno, y que le han tributado a su adoración con el puñal escondido debajo de la sotana. Vea usted qué pieza es un beato curialista para defender la autoridad, cuando para ellos la autoridad no es otra cosa que la fuerza y el privilegio!» Luego, tras algunas consideraciones sobre la política conservadora que Lastarria cree ver como la imagen de Dios, porque es

impecable y pretende sostener una misión de paz en la calle y el arreglo de las conciencias en el hogar, dice: «Era la política que hace crucificar a los cristianos en China, la que manda a la Siberia a los que abren la boca en Rusia, la que los trajo a ustedes los argentinos al estricote en tiempos de Rosas, la que me tuvo a mí en Lima, por dos veces y más de un año como pericote en la cueva, la que llevó a la guillotina en Francia a tantos hombres durante la gran revolución, y a tantos otros bajo el reinado de la restauración y bajo el imperio de esos corsos autores de la moda de los intereses materiales. Esa es, en fin, la política de todos los sistemas, de todas las formas de gobierno, incluso la inventada por los caciques americanos, y de todos los calaveras y tunantes que proclaman el principio de la autoridad; sin curarse de que ésta sea legítima o no, justa o estrafalaria, bienhechora o mazorquera; el emperador celeste mata para *conservar* como el Zar de Rusia, como los comités de salud pública, como los caciques y caudillos americanos, como los reyes y emperadores por fuerza, como todos los que se apoderan de la autoridad, sin *pasiones*, y la conservan sin abusos, y solamente para establecer *la paz en la calle y el arreglo en las conciencias*. Ya veis, querido Sarmiento, que la política conservadora no tiene principio fijo, ni plan, ni sistema y que está dispuesta a servirlos todos, así como quien se dispone a defender a todos los ministros. Qué política es esta, Dios mío: ni como puede merecer el nombre de tal, cuando la verdadera política es «la que conociendo la ciencia del derecho público, y comprendiendo la extensión de un principio general, sabe elegir los medios convenientes y más conformes a la economía social para ponerlo en ejecución y asegurarles su desarrollo regular». Si aquello se pudiera llamar *política*, ya podría también llamarse lo mismo la conducta de cualquiera de esos pillos que hacen negocio, amoldándose a todas las circunstancias y a todas las ocasiones. No, la política supone *ciencia* y más que todo, *moralidad*, y la conservadora no tiene, ni por los cerros de Ubeda, ninguna de esas cualidades. Mirad lo que es esa política, cuando los titulados conservadores están abajo: entonces hacen la guerra a las pasiones sin freno de la autoridad, a los abusos licenciosos de la autoridad, y sólo piensan en reacciones y en revolucionar contra la autoridad para apoderarse de

ese principio tutelar, fuera del cual no hay para ellos orden público, es decir, orden para sostenerse y medrar, orden para vengarse y dar de palos. Esto me hace acordarme de nuestro amigo Rivadeneira, que cuando describía la matanza de frailes en Barcelona, agregaba con tanto candor, *que todo se hacía en el mayor orden*. Y en efecto, puede haber orden en todo, hasta en el vicio y el crimen».

Este es Lastarria: ahí está todo el don Victorino de la oposición del año 55, que tranquilamente comenzaba a luchar otra vez en bien de las libertades públicas desde su sillón de la Cámara de Diputados. En esa carta tienen un fiel espejo donde ver reflejada la figura moral de Lastarria quienes como ese ligero don José Antonio Torres han llegado a afirmar que el Lastarria que acababa de regresar del ostracismo, tras el movimiento revolucionario del 51 contra el Gobierno de Montt, se presentaba en la Cámara «lleno de precauciones y debilidades por las amarguras pasadas». No; don Victorino no era de aquellos que se amilanan ante los reveses; la pobreza y la incomprensión acendran en él sus más firmes convicciones políticas y le daban esa recia dignidad que en él no conoció jamás concesiones.

Sarmiento, al partir de Chile, quedó vinculado por sus frecuentes relaciones epistolares con sus mejores amigos de Santiago: a Montt, a Lastarria, a don Mariano Sarratea, les escribía frecuentemente desde la Argentina y aun en los días de la presidencia de la República, cuando su tiempo era más contado y precioso. Su correspondencia con don Manuel Montt, durante su viaje en Estados Unidos, es cuanto de más completo pueda darse y tener presente para quien haya de escribir la historia y evolución de las ideas del autor de «Facundo». Las cartas a Lastarria, como ya lo hemos anotado, son también de una prolija significación, aún cuando su tono es ya más íntimo y cordial. Releed, por ejemplo, el siguiente fragmento de esta epístola, escrita en pleno período de la crisis con España, el año 64: «Mi querido Lastarria: habláis a todas las tradiciones de nuestra vieja amistad tratándome en vuestra esperada carta de ayer de tú y vos como se tratarían truhanes. Es nuestro privilegio exclusivo la segunda persona, el plural, y no abandonaré de un tirón estas prerrogativas. Desde los Andes pregunté por vuestra residencia, creyendo encontraros en Valparaíso. Per-

manezco aquí comiendo ostras e interrogando a estos moluscos sobre la política de Chile. Maldito si entiendo palabra. Os acordais de una broma que una vez hacía sobre un cartel, (suprimido calle) de los Teatinos? Vuestro ministro liberal me hace el mismo efecto. Convengo con vos en que es mejor esperar que se levante la neblina de la mañana, de un gobierno que nace de elecciones menos brutales que las nuestras de por allá. ¡Si así seguimos allá o acá, nosotros, que nos creemos lo más decentito que ha dejado la colonización, me parece que vamos camino de tirar las cartas y entregarnos a los godos que nos reclaman!». Recordemos, también, esta otra carta amarga, que, de haberla conocido, hubiera pasado un mal rato don Manuel Montt y que, sin embargo, es un eco sincero de lo que acaso sintió siempre Sarmiento, sobre todo, en aquellos instantes en que los periodistas de *El Siglo* le llamaban extranjero y le decían asalariado, porque acataba la política del gobierno del General Bulnes, cuando Montt era su ministro y comenzaba a acentuarse la reacción conservadora: «Cuando he venido aquí,—le escribía Sarmiento desde Buenos Aires, a don Mariano E. de Sarratea, a la sazón Ministro de la República Argentina en Chile,—y conocido lo que ello es, me congratulo de haberme lanzado en esta vía. Hubiera podido ser en mi especialidad lo que Bello en Chile en la suya, un instrumento pasivo de la ambición de los privilegiados. A mí no me cuadran esas situaciones y no he querido aceptar en mi patria *la condición que tuve en Chile quince años, detrás de la silla del Presidente o a la oreja de un Ministro para darles gloria y reputación, mientras que yo quedaba en la obscuridad*. Aquí seré nada, menos diputado ni portero en el sentido que en Chile era cuyano; porque es exactamente lo mismo».

El año 84, Sarmiento le escribía a uno de sus amigos de Chile, poco antes de partir con rumbo a Santiago en su último viaje: «Chile fué mi teatro y le debo los más gratos recuerdos. Quisiera verle antes de morir, como la primera página y la más bella del libro de la vida». Fué, entonces, en Santiago, la última vez que se encontró con Lastarria, amigo de todas las horas de su vida. Sus ideas, afines en instrucción pública, en el concepto de las libertades políticas, en letras y en filosofía, debieron mantener unidos siempre a estos dos hombres únicos en la cultura

americana; pero se interpuso entre ambos la amistad de Montt, que fué pródiga en sus dones con Sarmiento, mientras Lastarria se vió obligado a renunciar a ella primero y a combatirla luego. ¡Mezquinas obligaciones de la vida que a Sarmiento obligaron a sacrificar, en más de una ocasión, la integridad de sus ideas, y que a Lastarria encontraron inflexible, antes estrangulado por la miseria, que propicio a las fáciles concesiones!

ARMANDO DONOSO.